

## El tesoro

Escribe: ADEL LOPEZ GOMEZ

— I —

—Te costará trabajo —le dije— rehabilitar esta pobre y abandonada tierra.

Mi amigo me miró en silencio, con una fijeza vaga, como si no hubiera oído. Lo mismo que si mis palabras hubieran resbaldado sin sentido por la superficie de su conciencia. Luego, casi en tono de excusa, preguntó sencillamente:

—¿Qué decías?

—Que habrá que meterle plata en grande a estos maleceros para volver a tener una finca decente.

—Sí —asintió pensativo—. Más plata de la prevista. Ahora creo que el negocio no fue tan bueno como lo había calculado.

—¿No? —pregunté interesado pero temeroso de aventurar nada en un asunto que Gonzalo Rodas, veterano cultivador de tierras conocía experimentalmente mejor que yo.

—Llevaba más de cinco años sin mirar esta propiedad. Desde luego sabía que se encontraba abandonada, pero nunca pensé que llegara a tanto. Es lo que pasa siempre con las cosas que no tienen un dueño concreto y definido. En un tiempo fue la más bella hacienda de toda la región. Ahora da verdadera lástima.

—Entonces...

—No bastará desmatar los potreros. Será preciso ararlos y sembrar pasto nuevo.

Subimos al campero y continuamos la marcha por el difícil camino, entre la maleza amarillenta, hacia la casa grande, oscura, que ya se divisaba, a cosa de un kilómetro, desdibujada y sola en la soledad del incipiente anochecer. Era una marcha lenta, casi a saltos, por una vía abandonada pero al menos dura y firme. Nada que Rodas no estuviera acostumbrado a transitar en el desarrollo de su actividad habitual.

Entramos por un ancho boquete abierto en el cercado a lo que alguna vez debió ser patio civilizado, cubierto de césped y lozas de piedra en los callejones. Poco quedaba de todo aquello. La hierba crecía a sus anchas entre las juntas de las lajas y se hacía más espesa en la extensión circunscrita. Sobre la barda desconchada que antes debió ser blanca, crecía pesadamente una veranera enorme cuya raíz intrincada terminaba ya de socavar el muro cuarteado que aún permanecía en pie por algún capricho de estabilidad inexplicable. Uno de los lados de la trepadora caía, obstruyendo la línea del dintel, sobre una puertecilla sin maderas que más parecía tronera arbitraria cavada en el tapial.

La misma solidez del arruinado muro daba idea de la que, sin duda, tendrían los que, desnudos de pañete hasta la altura de los bovinos que allí solían rascarse, sostenían la vieja mansión de volados corredores y barandal de torneada madera, color de ceniza por obra de la intemperie. Sobre la cal del alero, bajo el tejado, la humedad de alguna gotera por fin restañada había pintado en sepia una caprichosa nube, un mapa singular, una fantástica fronda. Hacia el extremo izquierdo el techo estaba desplomado y las tejas finales, de barro cocido, se mantenían precariamente en equilibrio, en su trampolín angular, sin decidirse a caer desde su altura para suicidarse sobre el empedrado.

Interiormente la casa era aún más ruinoso. Su deprimente efecto se acentuaba aún más con aquella primera sombra nocturna semejante a una bruma que parcelaran los altos pilares de roble y los rectángulos verticales de las puertas cerradas. Un hombre asomó en lo alto de la escalera para recibirnos, cuando iniciábamos el primer tramo. No podía vernos y todavía sin saludar advirtió a gritos:

—Tenga cuidado, doctor, que hay un peldaño roto junto al descansito, y esa escala ya está oscura.

Lo estaba, en efecto. Y, por contraste, la claridad del corredor despejado del piso superior perfiló la figura del cuidandero,

alta, nítida. Era hombre de edad más que mediana, sin otra vestimenta que unos viejos pantalones que le caían, deshilachados en los bordes. Los tobillos eran finos y singularmente delicados los pies que llevaba descalzos.

Fue esto lo primero que ví de la física persona de Eugenio González. Luego, a partir de la correa que le ceñía a la altura del ombligo, ví su vientre enjuto, el pecho raramente piloso, los brazos largos, pálidos, el vellón de las axilas. Tenía la cabeza pequeña. El pelo liso y escaso, delgado y móvil, que de tan liviano como era se le derramaba sin pegarse sobre unas sienas hondas de sensitivo, cuya depresión acentuaba la firmeza de la nariz y el diseño de las orejas y la boca.

El hombre debió experimentar la necesidad de disculparse, pues dijo con cierto embarazo:

—En qué figura me encuentran... Toda la tarde he estado bregando con la bomba del aljibe y apenas ahora termino. Acababa de subir a ponerme la camisa cuando oí el motor del carro.

—¿Y qué pasa con la bomba, don Eugenio? —preguntó Rodas con desvaído interés—.

—Que no ha querido funcionar. Tiene gastado el émbolo. Yo creo que será cosa de ponerle empaque nuevo. Lo que ocurre es que lleva años sin utilizarse.

—Claro. A lo mejor no vale la pena tratar de arreglarla. Lo que necesitamos es una instalación nueva y diferente. Hay que arreglar la casa y limpiar la finca. Es que, inclusive, no sé cómo te has ingeniado para pasar una semana entera en medio de estas ruinas.

El hombre sonrió. Y mientras encendía un cigarrillo que Rodas acababa de ofrecerle, dijo con cierta filosofía:

—No he tenido ningún problema. Tú sabes que en partes más oscuras me ha cogido la noche... Voy a ponerme la camisa. A estas horas el zancudo empieza a picar que es una dicha.

Se escapó por el corredor sombrío hacia el cuarto final que había acondicionado de algún modo para alojarse. Sus pasos ligeros hicieron vibrar el gastado piso sobre sus vigas centenarias. Cuando regresó habíamos vuelto a bajar las escaleras a la luz

de un fósforo y nos disponíamos a marcharnos. Yo hubiera querido mirar el interior vetusto, pero ya no era posible a causa de la oscuridad.

Cuando después de media hora nos vimos otra vez sobre el piso asfaltado de la carretera, pregunté a mi amigo:

—¿Quién es tu cuidandero?

—Un poco raro el hombre, ¿no? —dijo sonriendo. Y agregó después de una pausa:

—Es un pariente pobre.

—¿Tuyo?

—No, de mi mujer. Fue ella quien me hizo traerlo aquí... Tú dirás que no debo ser, precisamente, un protector espléndido de mi parentela, pero es que el tipo es muy especial...

—Tiene buena cara.

—La tenía mejor en otro tiempo. Fue el primer amor de Teresita. Ese primo buen mozo y sentimental de quien toda muchacha se enamora a los quince años. Cuando ella y yo nos casamos, hacía ya muchos años que el romance estaba olvidado.

—Raro tipo —aduje por decir algo—.

—El caso más típico de frustración inexplicable. No hay familia que no tenga o haya tenido un vástago fracasado. Los hay de todas clases y, por regla general, las mujeres son las únicas que escapan. Vagos, borrachines, petardistas, perdonavidas. A veces francos delincuentes y pájaros de cuenta que nunca sirvieron para nada bueno en la vida... Pero este Eugenio González, primo de mi mujer, es un caso completamente distinto. No hizo nada sin que nadie sepa por qué. Teresita me cuenta que de muchacho era un chico encantador. Inteligente, cariñoso, suave, ingenuo. Y muy devoto, ¿sabes? Parece que nunca ha dejado de serlo. Por ejemplo, me extrañó mucho verlo esta tarde sin su escapulario de la Virgen del Carmen.

—Que, ¿lo lleva siempre?

—Siempre. Tiene la idea, muy seriamente, de que a la compañía de esa reliquia le debe toda su felicidad.

—¿Cómo? —dije asombrado—. ¿Pero es que se considera feliz?

—Como lo oyes. Ya te decía cómo era de muchacho. Bueno, pues el hecho es que, de cierto modo, siguió siendo niño toda la vida... No un simple ni un tonto. Un bueno a secas, un poco cándido, excelente persona, honesto y decente hasta lo increíble. Y, contra todo lo que se pudiera imaginar, un hombre feliz.

—¿De modo que puede serlo realmente?

—Creo que sí. Hubo un tiempo en que yo lo despreciaba un poco y me reía de él. Suponía, como se supone siempre aconsejado por la propia vanidad y el perfecto desconocimiento de los demás, que era un rezanderito, casi un pobre diablo. Después descubrí que era algo más: un místico a su manera, un espectador de la vida, en suma un hombre claro y feliz.

—Sorprendente individuo.

—Sí, sorprendente —reforzó con viveza mi amigo—. Eso es. En la incapacidad de comprenderlo he renunciado a ello. Mi mujer y yo lo queremos mucho. Además sentimos por él cierto respeto que no sabría explicar. Con toda su transparencia de alma, Eugenio González se sale de todo lo que yo sé en materia de hombres.

—Creo que a mí me pasaría lo mismo.

—Nunca hemos tenido intimidad. Y te diré una cosa más, aunque te rías. No puedo evitar el sentirme cohibido, no del todo a mis anchas, en presencia suya. De cierta manera... (¿cómo te diría yo?) es un hombre que se sale por completo de mi enfoque humano, de mi sistema, ¿entiendes?

—Me parece que entiendo...

—Entenderás mejor si te digo que es un hombre muy culto.

—¿Qué estás diciendo? ¿Es una broma?

—Nada de broma, viejo. Es, por ejemplo, un entendido en literaturas. La cosa no tiene nada de raro pues puede leerlas corrientemente en tres idiomas.

—¿Pero es verdad eso?

—Claro que es verdad. Eugenio podría recitarte trozos enteros de Shakespeare en su propia lengua. Solo que no lo hace ni lo hará nunca.

—Novelesco. Positivamente novelesco... ¿Qué hace un hombre así, cuidando una casa abandonada, en calzoncillos, tratando de arreglar un aljibe inservible?

—Le gusta, con toda seguridad. Tiene en su cuarto una buena lámpara de gasolina. No le interesa más que poder leer hasta la madrugada. En cuanto a estar allí, él mismo le pidió a mi mujer, en cuanto supo que yo había comprado la propiedad, que le permitiéramos pasar en ella una semana o dos, mientras empezaban a efectuarse las transformaciones que tengo metidas en la cabeza.

## — II —

Me proponía contar la historia de aquella casa y la de su dueño anterior. Sería, de un modo u otro, el relato de una frustración diferente a la de Eugenio González. Lo haré en su momento. Porque a esta altura me ha ocurrido una reflexión que no podía por menos venirme a la mente. ¿Era la de González, en verdad, una vida frustrada?

Ahora me siento menos seguro de ello. Suelo imaginarlo en aquellas noches secretas y hondas de la casa y la tierra abandonadas, recogido en una habitación sórdida, tendido en un catre de hierro, leyendo sus libros a la luz de una lámpara de gasolina, sin noción de tiempo ni lugar, metido en su mundo, soñando sus sueños... Se levantaría por la mañana y prepararía por sí mismo una buena taza de café en el reverbero de petróleo. Luego comería unas naranjas al pie del árbol que, en estado salvaje, da las suyas como puede, despreocupadamente, sin tener en cuenta la aspereza de los rastrojos que le rodean. Caminaría descalzo sobre las lozas del patio invadido, solo por sentir bajo sus plantas la frescura buena del rocío.

Pero estas no son más que imaginaciones...

## — III —

La de la casa y el otro hombre es diferente historia.

Comenzó a vivirse desde el día en que, años atrás, Matías Fonseca adquirió las fértiles tierras de labranza y pastoreo de "La Guayacana", en el centro mismo del valle, sembrado de cañamelares, cubierto de arrozales y algodonereros.

Era Fonseca un hombre de agallas. En Pasto, cerca a los bosques, había formado peso a peso una fortuna en el negocio maderero. Lo abandonó casi de súbito cuando uno de sus grandes camiones rodó cargado a un abismo. Se enamoró luego de la tierra llana, los pastales, el cálido clima. Su secreta ambición de mestizo halló vanidoso incentivo en habitar con su mujer y sus tres hijas la que fue mansión chapetona de viso y abolengo. Hubiera sido feliz allí, entre sus ganados y cosechas, si la codicia no le hubiera torcido el rumbo por caminos de superstición y fantasía.

Fue cuando conoció la leyenda del tesoro. Una leyenda rara que tardó en tomar cauce en el de su vida. Le ayudó aquella atmósfera severa de la casa noble y antigua, de sólidos pisos, vigas de roble labrado y paredes maestras de setenta centímetros de espesor en tierra apisonada. Le impresionaban la alta buhardilla, las columnas, los claveteados portalones, los adoquinados y medianerías de piedra. Estaba acostumbrado a vivienda sin historia y hasta a improvisados campamentos cerca de sus aserríos.

Lo que al principio le pareció conseja de gentes simples, fue labrando en su conciencia. Había sido hasta allí hombre ajustado a las realidades, amigo de lo físico y tangible. En materia de dinero creyó siempre en la utilidad obtenida de cada cuartón y cada tabla, sumada con paciencia a los anteriores provechos por cuartones y tablas innumerables. Era así como había hecho su plata. Y si esta vez viraba hacia la verdad del suelo, cabía entender que tal fue siempre su verdad potencial de nariñense, que vale tanto como decir campesino.

Lo otro fue trampa de la vida y Fonseca fue cayendo en ella sin darse verdadera cuenta. Hablaban de un cargamento de oro que, con destino a la corona de España, viajaba de Popayán a Bogotá, por solitarios caminos, a lomos de veinte mulas, con poderosa escolta al mando nada menos que de un valido del Rey, venido para el efecto desde el otro lado del mar.

Las encontradas versiones sobre la suerte de aquel tesoro, arrebatado a sus portadores por una cuadrilla de forajidos, por un solo asaltante audacísimo, por una misteriosa dama de armas tomar o un mensajero traidor —que así de tan diversos modos se contaba la aventura— coincidían en un hecho único. El tesoro había sido escondido, con toda certidumbre, en predios de “La Guayacana”, tal vez en la mansión misma, sin que los ladrones

hubieran podido rescatarlo más tarde. Una segunda historia de traición sazónaba el relato. Entraba en ella un esclavo ambicioso que cambió de sitio a los ricos fardos y luego, en definitiva, perdió la pista de ellos cuando, años después, intentó recobrarlos.

Gonzalo Rodas conoció al pastuso en los tiempos finales, cuando ya el menguado lo había perdido todo en aquella búsqueda delirante. Se había convertido en un vagabundo trasoñado, completamente inofensivo. Apareció un día por los cañamelares de Rodas y se quedó allí hasta la muerte. En teoría cuidaba de los animales de labor, pero en realidad no hacía nada ni nada podía hacer. Dormía en una caseta de empaques anexa al ingenio y alguna vez, sin que nadie se lo ordenara, cortaba un poco de pasto para el establo. Se perdía durante semanas enteras con rumbo desconocido. Pero regresaba siempre a su refugio de sacos vacíos, al cobertizo de las cocciones meleras. Vagaba por ahí, cuando se apagaba el horno y los peones se marchaban, y arañaba con sus artríticas manos de anciano, en pugna con unas gruesas avispas negras, la panela residual pegada a las bateas del batido.

Diez años habían bastado para consumir la ruina. Primero excavó —casi podría decirse palmo a palmo— los potreros y hondonadas, los macizos de rastrojo. Revolvió el bosquecito de cedros. Derribó grandes árboles y arrancó de raíz los tocones que acaso crecieran sobre el escondrijo del oro. Desvió arroyos para buscar bajo los cauces naturales. Removió pedrejones y abrió agujeros profundos. Trajo desde el pueblo caldense de Pijao, a alto costo, a cierta afamada vidente, para que hiciese su conjuro en el propio terreno, con la colaboración de un medium venido del Darién, costoso y solemne. Todo lo hacía desatentadamente, sin parar, en una como sombría obsesión. Se levantaba a veces, de noche, en las más desusadas horas, tomaba sus herramientas y se iba a probar una idea nueva surgida en la angustia del sueño, en algún remoto sitio no explorado todavía. Trabajaba hasta quedar extenuado a la luz de mal agüero de una lamparilla de petróleo.

Cuando, por último, resolvió buscar en la propia casa que hasta entonces había respetado, las cuatro infelices mujeres que constituían su familia se revelaron fieramente. Ocurrió una mañana cuando él iniciaba su destrozo en el salón del primer piso. Ellas llegaron allí, atraídas, asustadas por el estruendo del hacha y el martillo. Algunos venerables tablones estaban desprendidos ya. Por la ancha abertura era visible la tierra polvosa, sorprendida, que por tantos años estuvo cubierta.

Las desgraciadas —por primera vez en franca rebeldía— unieron sus fuerzas para arrancarlo a la tarea. Pero él, aunque era canijo y menudo, las dominó a todas con aquella oculta fuerza que de algún hondón descarriado y desesperado le surgía, galvanizando sus nervios, enervándole la mente, matándole el corazón.

Las arrojó afuera, cerró la puerta, trancó por dentro con un madero y volvió a su empeño.

—Lárguense. Déjenme solo.

La voz de la madre clamaba desde el patio en desatado improperio:

—Canalla... Maldito... Viejo maldito... Puedes abrir otro agujero más... Puedes romper toda la tierra con tus sucias manos de loco... Nunca encontrarás nada... Ni un tiesto de barro... Ojalá que un hoyo de esos te trague...

Es posible que el viejo no oyera ni la maldición final. Cuando, ya a la oración, salió afuera, cansado y hambriento, quizá ni se diera cuenta de que nadie más que él quedaba en la casa. Hasta habría olvidado la escena de la mañana. O acaso el recuerdo le pasaba por la superficie de la conciencia sin valor ni sentido.

Pero el hecho es que estaba solo y lo estaría hasta el final. Fue mucho más tarde cuando él mismo tuvo que marcharse. No quedaba allí otra vida animal que la suya. Ni una res, ni una gallina, ni un cerdo. Los yerbales alzados estaban comidos de maleza y las cercas destruídas. Nadie había puesto mano en ellas hacía largo tiempo. La tierra de "La Guayacana" estaba hipotecada y vuelta a hipotecar hasta la última vara. La casa, socavada en su basamento, igual que si un topo monstruoso la hubiera falseado, se mantenía en pie por puro milagro. El hombre seguía allí con sus herramientas de pesadilla. Dormía sobre un camastro en el último cuarto que todavía quedaba intacto. Comía a veces unos plátanos crudos, unas naranjas, unos nabos de arracacha apenas cocidos.

Hasta cuando lo echaron de allí, por la fuerza, los agentes de la autoridad judicial.

#### — IV —

Habría corrido un año cuando Gonzalo Rodas adquirió "La Guayacana", y solo unos días, la tarde en que el campero de mi

amigo nos condujo a la propiedad que pronto empezaría a ser restaurada.

Lo que ocurrió a la semana siguiente tuvo esa simplicidad elemental que a veces tiene la vida burlona e implacable. Eugenio González seguía siendo el único habitante de la casa en la noche aquella de temporal sobre el valle, en que las aguas del Cauca, salidas de madre, arrasaron sementeras y caseríos. Una vaca extraviada merodeaba por el patio herboso. Se había refugiado bajo el alero en espera de la escampada y el amanecer. De pronto el suelo faltó bajo sus cascos. Una amplia brecha abierta hacia el interior, por debajo del muro, la hizo precipitarse en el fondo de la tronera más honda, abierta allí donde antes fue el salón de la planta baja.

Eugenio la encontró a la mañana siguiente, viva pero maltrecha. Tuvo que poner a presión su ingenio para rescatarla. No era un animal corpulento, pero así y todo fue preciso utilizar fuertes manilas prestadas en la hacienda vecina, e improvisar una especie de cincha de lonas con objeto de no maltratarla. González en persona bajó al hueco para ceñirla.

Entre la tierra derrumbada, cuando la vaca estuvo fuera, se encontró el tesoro. Fue un suceso memorable, no hay que decirlo. Se produjo una sensación sin antecedentes y en solo unas horas había verdadera muchedumbre. Mi amigo llegó al lugar del hecho tan pronto como pudo. Llamaron unos cuantos hombres de confianza para que vigilasen.

Cuando, finalmente, el tesoro estuvo a buen recaudo, pasada ya la primera emoción del hallazgo, Rodas dijo al primo de su mujer:

—Supongo que te darás cuenta de que todo esto cambia radicalmente tu vida.

—¿Por qué? —preguntó González con su llaneza de siempre—.

—¿Cómo que por qué? —repuso mi amigo asombrado—. La mitad por lo menos te pertenece en estricta justicia.

Sin hacer caso del asombro, Eugenio González dijo calmadamente:

—¿Ajá? Buena ocurrencia la tuya... ¿Quién te dijo a tí que yo estaba interesado en poseer un tesoro?